

Susodicha

Juanjo Conti

Edición automática, 2014.

Susodicha lleva la licencia *Creative Commons Attribution - NonCommercial - ShareAlike 3.0 Unported License*. Esto significa que podés compartir esta obra y crear obras derivadas mencionando al autor, pero no hacer un uso comercial de ella.

Más información sobre este libro:

<http://www.juanjoconti.com.ar/cuentos5>

Más libros del autor:

<http://www.juanjoconti.com.ar/libros>

Santa Furia
está dedicado a...

Índice

Bermellón	9
El departamento	13
Encuentro dominical	15
Naranjas para don Bordesio	19

Bermellón

Entorné los ojos para enfocar y entender lo que estaba viendo. Dos puntos luminosos, uno arriba del otro. Luego el campo de visión se amplió y aparecieron unos números en el panorama. El reloj digital indicaba las dos y diez. Al costado, sobre la misma repisa, mis herramientas. Pinceles, lápices y la cuchilla con la que saco punta a esos lápices. Me desvestí de las sábanas usando las piernas y con un movimiento que a mi edad podría calificarse de ágil, dos segundos después, tenía los pies enfundados en las pantuflas de paño. Arrastré las suelas de goma por el atelier, tomé un pincel con la mano derecha y continué donde había dejado al caer rendido ante el ataque sorpresivo del sueño.

Mientras trabajo no puedo dejar de pensar en María. Ella duerme en la habitación, silenciosa. El camastro en el taller me permite trabajar durante la noche, tomando pequeñas siestas de media hora sin molestar a mi esposa. Cuando los primeros rayos de luz entran por la ventana, dejo todo y voy a dormir a su lado. Cuando me despierto al mediodía, ella ya está terminando alguna clase. Almorzamos juntos y vuelvo a trabajar.

Estoy convirtiendo una de las paredes del taller en un nuevo mural. Me gustan los murales. Huelen a inmensidad, a sin

frontera. Para completar un mural uno tiene que dedicarle semanas, en oposición a un cuadro chico, tal vez una naturaleza muerta, que se puede completar en a lo sumo dos días. Gracias a esta cantidad de tiempo requerida por la obra es que se logra desarrollar una onda sensación de pertenencia. En ambos sentidos. En el más clásico, la obra te pertenece, puesto que la creaste. Pero en uno más metafísico, es la obra la que te empieza a poseer. Te pide más, dicta su desarrollo, expande sus límites.

El mural en el que estoy trabajando ahora se llama Revuelta o tal vez termine llamándose distinto. Muchas personas se han juntado en una plaza a manifestarse. Llevan carteles y pancartas. Insignias y lemas. Rostros y banderas. Yo mismo me veo en la revuelta. Soy uno más y a la vez soy todos. Pinto horas enteras sin descansar. El olor a pintura fresca me llena y me vacía. Inflo mis pulmones y soy irrigado. A mi alrededor, el taller. Trapos sucios, latas, botellas. Olor a aguarrás y resinas. Pinceles y paños. Luces y sombras. Colores y engaños. La fuerza creadora me eleva. Y para materializar la metáfora me subo a un andamio y pinto la parte superior del mural. Puntas de lanzas que rasguñan el cielo. Gritos y plegarias que ascienden. Y ahí, desde arriba, escucho al gato de la vecina en la ventana. Maulla y araña el vidrio como queriendo entrar. No, ahora no puedo. No molestes, estoy trabajando. Pinto, delinee, coloreo. Ropa sucia, pinturas y otras obras. Todo, escenario de la actual concreción. El gato sigue maullando y me interrumpe. No ahora, no. No te puedo dar de comer. Sigo pintando. Amarillos, bermellón. Negros, grises y marrones. Hay fuego. Multitudes. El pueblo grita, se exalta, canta. Y yo soy su voz.

Tengo que pintar para que puedan gritar, exaltarse, cantar. Si no pinto no existen. El gato sigue molestando, ahora con más insistencia. Mezclo lo que queda de naranja con bermellón sobre la tapa de una lata. Cargo el pincel y sigo. No puedo detenerme. Ahora son estallidos. Columnas de fuego y humo circundan la escena. La parte derecha del mural explota en una batalla campal entre el orden y los que se manifiestan. Yo soy su arsenal, el que le carga las armas, el que fabrica sus balas. Sin mí no tienen con qué disparar y la batalla está perdida. Siguen los estallidos y las explosiones. Amarillo, naranja, bermellón. Sigo pintando. Y el gato de la vecina golpea el cristal con sus uñas. Y aprieto el pomo de bermellón y ya no queda. Lo exprimo, lo estrujo, lo estrangulo. No salen más que las últimas gotas. Pero el mural no está terminado. Me pide más, me interpela, me exige. El pueblo me grita, me necesita. Están perdiendo la batalla. El fuego también me reclama. Y el gato vuelve a maullar. Y por primera vez lo miro. Lo miro a los ojos. Desde el andamio. Dos, tres metros elevado sobre el atelier. María duerme. Estiro el brazo y muevo el barral que abre la ventana. Y el gato entra. Corre. Entra corriendo y se para junto al platito que le hace a veces de comedor. Me bajo fatigado. Malhumorado. Quería seguir pintando, no ser interrumpido. El gato me mira, confiando que como siempre voy a abrir la bolsa de alimento balanceado. Sirvo una porción en el platito y lo dejo comer un rato. La cuchilla está al alcance de la mano y con un movimiento que a mi edad podría calificarse de ágil, dos segundos después, le separo la cabeza del cuerpo. Dejo la cabeza comiendo del platito y me llevo el resto arrastrado por la cola, chorreando gotas bermellón.

El departamento

Estoy nuevamente en el departamento. De vez en cuando vuelvo por la noche. Todavía tengo mis llaves y no cambiaron la cerradura. Abro sin hacer ruido, subo despacio las escaleras y prendo la luz de la cocina. La del living no, porque se ve desde afuera por la ventana. Enciendo una hornalla de la cocina y pongo a calentar agua. Mientras reviso los impuestos a pagar y alguna carta abierta, como algunas masitas del tarro o pan en rodajas. Si en el paquete quedan pocas rodajas, digamos menos de seis, no como. Se me hace que sería fácil que me descubran.

A la noche, el departamento está vacío porque la nueva inquilina va a la universidad. Estudia alguna ingeniería. Lo sé por sus apuntes. A veces los leo, pero me resultan bastante aburridos. Después de darme un rutinario paseo por el dormitorio, empiezo a limpiar los rastros de mi presencia. Lavo la taza en la que tomé café, limpio, guardo. Me causa gracia: en mi actual departamento no soy tan prolijo.

Entonces se me ocurre, ¿por qué no ir más lejos hoy? Vuelvo al dormitorio y me acuesto debajo de la cama. El cubrecama llega hasta el suelo y eso hace que mi escondite sea perfecto. Y me quedo ahí, esperando. Una hora. Dos.

Entonces escucho su llave en la cerradura, sus pasos en

la escalera, la tecla que enciende la luz. Enciende una hornalla, tal vez la misma que elegí yo hoy. Escucho que abre un paquete. Tal vez fideos o arroz. Presto atención a cada uno de los sonidos. No sé si pasó media hora o tres horas cuando escucho que cierra la canilla luego de lavar los platos.

La luz se enciende y vuelvo a verme las manos después de varias horas de oscuridad. Están transpiradas.

Encuentro dominical

Estábamos sentados detrás de otro matrimonio joven. Una mujer, su marido y una niña que había convertido el banco en una mesa de jardín de infantes. Había desplegado sobre la madera tres libros para colorear, una caja de fibrones y muchos lápices de colores. El sacerdote hablaba de forma monótona y afónica por lo que no me costó esfuerzo dejar de prestarle atención y distraerme con las actividades plásticas de la pequeña niña. Se esforzaba, aunque sin lograr su cometido, por pintar dentro de las líneas negras. Me daba gracia.

En un momento dado, se le cayó un fibrón rosado que luego de rebotar por los mosaicos se detuvo contra mi zapato. Me agaché, lo tomé y lo deposité sobre uno de sus cuadernos. La niña me sonrió y noté que la madre, sin darse vuelta, le dijo algo así como: agradecele al señor.

La niña no dijo nada pero me volvió a sonreír. Noté cierta familiaridad en su rostro, en sus gestos, pero en ese momento no supe a quién me recordaba. Sus cabellos eran rubios, con un brillo rojizo, los ojos grandes y curiosos y su piel blanca en extremo. Era una niña muy hermosa. La observé seguir peleando con las figuras de líneas negras que se esforzaban por enseñarle el concepto de límite, y observé como su manita de mariposa las sobrevolaba rebasándolas de color. Un perro

verde, un auto pintado de rosado y amarillo, una flor completamente azul. La niña pintaba, abstraída del mundo que la rodeaba, sin que las líneas ni la realidad la limiten.

Cuando quiso tapar uno de los fibrones, el tapón se zafó y se escapó por debajo del banco. La niña se arrodilló para buscarlo pero no lo encontró. Me miró como pidiendo ayuda, pero yo estaba ocupado en una de las partes del rito, sentado en mi asiento. La miró a la madre e intentó reclamar atención con unos sonidos que esta acalló con un dedo índice sobre su pequeña boca. Buscó, entonces, refugio en la pierna del padre, a la que se abrazó como un koala a un eucalipto. Tampoco obtuvo mayor respuesta. Volvió cabizbaja a su puesto de dibujo y me miró nuevamente. Cómplice. En ese momento la liturgia indicaba que me tenía que parar. Desde la altura pude ver a dónde había ido a parar el tapón del fibrón. Di unos pasos al costado y lo levanté de atrás de la pata del pesado banco de madera. Como hiciera antes con el fibrón, coloqué con delicadeza, intentando no hacer ruido, el capuchón sobre uno de los libros abiertos.

Los minutos pasaron. Estaba concentrado en el peinado de la niña, una media cola algo desprolija y una trenza casera, cuando el sacerdote anunció: Ahora, hermanos, nos damos fraternalmente el saludo de la paz.

Me incliné hacia mi esposa y la saludé. La paz sea contigo. Con tu espíritu, me contestó. Me dí vuelta y estreché la mano de un anciano que estaba en el banco de atrás. Mucha paz, me dijo la señora que estaba a su lado y me estrujó con sus dos manos la que yo le tendí.

Y entonces aconteció. La mujer del banco de adelante se

dió vuelta y sorprendida me clavó los puñales de esmeralda que eran sus ojos verdes. Detuvo el envión de su cuerpo que se acercaba a besarme y se limita a extenderme, rígida, su mano. Su marido, ajeno a nuestro intercambio de miradas, también me la estrechó.

Entonces volví a mirar a la niña junto a su madre de espaldas. Sus ojos eran un par de esferas tornasoladas y en ellos lo vi todo.

Vi una noche cinco años atrás. Vi un bar de estudiantes con una moza sirviendo las mesas. Vi muchas bebidas llegando a la nuestra. A la hora del cierre la moza me invitó a su departamento. Me vi despertar pasado el mediodía entre sábanas húmedas y un olor agrio. Me dolía la cabeza. Tenía 23 llamadas perdidas de mi novia en el celular. Me vi vestirme e irme. Me vi manejar hasta su casa y escucharla gritar. Los insultos entre lágrimas y la amenaza de suspender el casamiento. Vi a la madre de la niña llamándome por teléfono tres meses después de aquella noche, y seis, y nueve. Después no volvió a llamar. La vi cinco años después, ese domingo en que se dio vuelta en el medio de la misa. Sentí vértigo y lloré.

Demos gracias al Señor. Podemos ir en paz.

La madre alzó a su niña, como protegiéndola de mi mirada, y se la llevó. Yo me debatía entre salirme de las rayas negras que me había pintado la vida o mantenerme dentro de la figura.

Me ganó la impotencia, o el aturdimiento, o la cobardía.

Naranjas para don Bordesio

En invierno, después de juntar naranjas del patio, Doña Magdalena envía a su hija Florencia con una bolsa repleta de esos tesoros dulces para su vecino de enfrente, don Bordesio.

En julio cumple 14 años. Florencia, con sus trenzas, cruza la calle. El sol de un día cálido de invierno le da de lleno en el par de piernas blancas que deja ver su jardinero rojo y las calienta.

¿Cómo vas a salir con los pelos así?, le dijo la mamá y la sentó frente al espejo, peinó su cabello rubio y le hizo dos trenzas, una a cada costado.

Florencia entra por la puerta de atrás, sin tocar timbre. La mosquitera rechina y, dando un golpe tras de ella, rebota un poco para terminar cerrándose. En la cocina de don Bordesio un ventilador de techo gira en cámara lenta y una brisa casi imperceptible pero reconfortante se le cuela por el cuello de la remera. En la habitación, a bajo volumen pero imposible de no notar, suena un viejo disco de Jazz. Algo de Miles Davis. La niña, o ex niña, la muchachita, lo conoce de memoria.

El hombre cano, de tez oscura y tantos lunares como un cielo estrellado, está sentado en su sillón, luciendo sus anteojos oscuros. Los de siempre.

Cuando ella le dice que le trajo el regalo de su madre, son-

ríe y la llama. Con manos ásperas pero movimientos suaves le acaricia el rostro para reconocerla. No hace falta. Reconoce su aroma, su fragancia, antes de que ella hable. Antes de que siquiera abra la puerta. Aunque esté mezclada con la de las flores de azahar.

El viejo sonríe. Las paredes de la casa están descascaradas, pintadas de un amarillo viejo, que deja ver el color anterior bajo sus cicatrices. De una de las paredes cuelga una foto blanco y negro. En la foto se ve a un hombre joven montado a caballo, sonriente.

La joven, que aprendió el ritual de niña y no lo cuestiona, sabe perfectamente lo que ocurrirá. Ella le sacará los anteojos para descubrir un par de ojos blancos y muertos que él rápidamente cerrará y ella besará. Él le desabotonará el jardinero rojo, que caerá pesado junto a los pies de medias con puntilla y zapatitos de charol. Un dedo firme dibujará placeres en el algodón que solo toca la madre de Florencia cuando lava su ropa interior.

Hoy podés bajarme la bombacha.

Don Bordesio lo hace con manos nerviosas hasta llegar al jardinero rojo. Florencia levanta un pie y luego el otro. Da un paso al frente y se sienta en la rodilla del hombre. Una pierna de cada lado. Esas piernas que unos minutos antes el sol calentaba, ahora tienen temperatura propia.

Haceme caballito.

Don Bordesio empieza a mover la pierna hacia arriba y hacia abajo, rápido, haciendo toda la fuerza con su pie, como cuando de más chica la hacía jugar.

Tímidos sonidos salen de la boca de la niña, o ex niña, la

muchachita, la casi mujer, que siente el par de manos deslizarse por su espalda, bajo la remera, subiendo hasta la hebilla que se desprende y libera aún más su cuerpo.

Los sonidos ya no son tan tímidos y don Bordesio hace los coros de aquel canto. Sin dejar de hacerle caballito.

En invierno, después de juntar naranjas del patio, Doña Magdalena envía a su hija Florencia con una bolsa repleta de esos tesoros dulces para su vecino de enfrente, don Bordesio. En otoño le manda pan casero o buñuelos. Naranjas, pan casero, buñuelos, chocolates, una torta, perejil, tomates, hojas de aloe, pantallas de lo que en verdad le está enviando.